

Instalado en Estrasburgo, agrandábase á un tiempo él y su idea. En estos cincuenta primeros años del siglo décimosexto la tierra estaba en período de formación y de composición, puesto que componía y formaba el nuevo espíritu y la nueva sociedad. Solo abriendo los libros geológicos, esas Biblias de la ciencia; y levantándose á los períodos en que las montañas llevaban coronas de volcanes y los árboles gigantescos entrelazaban sus ramas y producían sus flores en selvas titánicas, engendrando á los violentísimos amores de la humedad con el calor tantos monstruos así entre las plantas como entre los animales, puede comprenderse una edad como aquella, en que los últimos arreboles de la Grecia muerta nos restituían el sentido de la historia antigua; y los buriles y los pinceles de la inspirada Italia nos daban los tipos y modelos acabados del arte nuevo; y los navegantes de la inmensa España nos traían desconocidas tierras que semejaban recién creados planetas; y la Alemania, que tan estéril pareciera durante la Edad Media, entregada de continuo á sus guerras feudales y á sus cruzadas religiosas, visitada por una idea progresiva y reveladora, producía, con aquella increíble agitación de los espíritus y con aquellas constantes agitaciones teológicas, la embriaguez divina y la creadora fiebre que habían de dar un alma nueva, y con el alma una nueva conciencia necesariamente á las futuras edades, guardadas en los senos tenebrosísimos del misterioso porvenir. Así, al encontrarse un hombre de la vocación que Calvino sentía en los recónditos senos de su predestinado sér, frente á frente de aquella noble Alemania, fecundada por tantos pensamientos, los cielos de su alma habían de dilatarse por extremo, y las corrientes de sus ideas habían de extender tonante y luminosa electricidad por todos sus nervios. Allí, las ciudades llenas de escuelas, y las escuelas llenas de pensadores, y los pensadores llenos del espíritu moderno, y el espíritu moderno agitado por tempestades de ideas, y las ideas poseyendo y dominando así á los Emperadores como á los Pontífices, y convirtiendo las antiguas Dietas de la política y de la guerra en los nuevos Concilios de la libertad y de la ciencia.

El medio ambiente hallado en el regazo de su nuevo asilo, no podía serle más saludable. La titánica empresa de conciliar la Iglesia de Alemania con la Iglesia de Suiza presentábase á los ojos de Calvino en toda su mag-

nitud. Como la disidencia de antiguo consistiera en el dogma de la comunión, al dogma de la comunión se dirigían todos sus pensamientos, y en el dogma de la comunión se concentraban todas sus meditaciones. A mayor abudamiento, Estrasburgo le confiara una cátedra de teología, como para comprometerle más y más en su empeño. Así, llegó á un concepto de la Cena, que bien puede llamarse concepto sintético. Ahora que las edades teológicas han pasado, y los términos del eterno problema del progreso han surgido de bien diversa suerte que allá, en el siglo décimosexto, parecennos lucubraciones inútiles y vanas estas teorías teológicas, á cuyo impulso el mundo se ha movido hácia adelante y se ha magnificado el humano espíritu en sus transfiguraciones. Pero entonces no se podía caminar sin una renovación del alma; y no se podía renovar el alma, si antes no se renovaba la virtud, que podemos llamar como su médula esencial, ¡ah! la virtud de la fe.

Para Calvino, como para Zuinglio, Cristo, en la comunión religiosa y en la Cena mística, no comulgaba con nosotros, los cristianos, en cuerpo y alma, ni nos daba las gotas de su sangre y las fibras de su carne al darnos el pan y el vino, sino que se dirigía con estos signos simbólicos al interior espiritual de nuestro sér y nos abría la boca invisible del alma para darnos la comunión, incomunicable por la materia, de sus ideas y de su espíritu. A primera vista parecía que tal doctrina se identificaba por completo con la doctrina de Zuinglio, pero, examinada luego con atención, se veía que se acercaba también á la doctrina de Lutero en admitir misteriosa unión del cristiano comulgante con la persona glorificada de Cristo; en conceptuar como buena la calificación de cuerpo dada al pan y de sangre dada al vino: porque, no solamente nos representan, sino que también nos presentan al Salvador; en proclamar una mística unión, que se cumple por parte del creyente subiendo en alas de cristiana fe hasta Dios, y por parte de Dios bajando hasta la criatura en alas del Espíritu Santo. Tales ideas formaban, á la verdad, una síntesis perfecta entre la doctrina de Lutero y la doctrina de Zuinglio, así como extendían una base de conciliación duradera entre la Iglesia de Suiza y la Iglesia de Alemania.

¡Qué grande satisfacción para Calvino! Tachado por Ginebra de intransigente y de intolerante, hallábase, allá en Estrasburgo, trabajando con todo el

interés de un alma piadosísima, por la reconciliación estrecha de algunas Iglesias enemigas. El título de correligionario suyo, título de proscripción, allá en el pueblo, á quien tanto sirviera, convertíase á los ojos de Alemania en título de gloria. No es mucho, pues, que atribulado por las noticias diarias, notificándole ahora el destierro de un amigo, ahora el silencio forzoso de un predicador eminente, contrastara tantas amarguras con la satisfacción del ministerio cumplido en aquel supremo momento. Para mayor gloria propia encontró un hombre, cuya grandeza estaba ya reconocida y consagrada en los anales del mundo y que había menester de un carácter tan enérgico y de una voluntad tan firme como el carácter y la voluntad de Calvino para no deslizarse hácia debilidades sin cuento. Era el hombre á quien nos referimos aquel dulcísimo y angelical Melanchton, empeñado en dar la razón á todo el mundo dentro de la Reforma.

Con Melanchton, pues, convino en que su concepto de la comunión se admitiera como un expediente de paz; y con Melanchton convino en que la Iglesia nueva, sin llegar á la extrema autoridad ejercida por la vieja Iglesia, restableciese y afianzase con vigor los cánones propios de su tradicional disciplina. Sin embargo, no podía confundirse la Iglesia protestante de Alemania con la Iglesia protestante de Suiza, por mucho que los dos conciliadores hicieran. En Suiza, la revolución se hallaba con democracias que no necesitaban ejercer sobre la Iglesia el protectorado, tradicionalmente por los reyes ejercido de antiguo; en Suiza no abundaban aquellas universidades, cuyos canonistas y jurisconsultos copiaban del derecho romano la teoría cesarista de una omnipotente autoridad y de un Estado fortísimo. Y así como, para satisfacer á los reyes les dejaron los reformadores una especie de semi-pontificado, para satisfacer á los canonistas dejaron también ciertas jurisdicciones y ritos y jurisprudencias del antiguo clero. Mucho le molestaba esto á Calvino, que viendo sobrecargada la Iglesia luterana con los cánticos en latín, con los cuadros é imágenes sobre los altares, con ritos abrogados en los primeros días de la revolución y restablecidos por serviles complacencias con los poderosos, acremente llamaba religión externa como el judaísmo de los fariseos á la religión de Lutero. Defendíala Melanchton, el conciliador, no con argumentos inspirados en la razón pura, sino con argumentos inspirados en la razón práctica,

la cual ha de mirar, si quiere prevalecer, á las supersticiones de las personas y al curso de las circunstancias. El temor de Calvino á las transacciones crecía en fuerza é intensidad á medida que iba viendo cómo los poderosos del mundo se granjeaban la voluntad de Melanchton para que sancionase con su ciencia los caprichos de la autoridad. Enrique VIII, sobre todo, le inspiraba mucho temor, á causa de que pedía embajadas á la Iglesia germánica para el arreglo de la Iglesia anglicana, y por principal embajador á Melanchton. La Reforma inglesa, nacida puramente de la voluntad arbitraria de aquel déspota, encaminada con tenacidad á satisfacer sus sensuales pasiones, arrancaba, sí, la tradicional autoridad del Papa, mas para vincularla en el rey, quien mantenía el celibato eclesiástico bajo severas penas; la misa ortodoxa con sus aparatosísimas ceremonias; los siete sacramentos con sus caracteres litúrgicos; la prohibición de leer el Evangelio y la Biblia; la presencia real de Cristo en la hostia. A decir verdad, necesitábase una inteligencia tan clara y una voluntad tan fuerte como la inteligencia y la voluntad de Calvino para sostener los dogmas capitales de la revolución religiosa y preservarlos de las tristes aligaciones reaccionarias, que podían, con la mayor facilidad, perderlos.

Era esto tanto más necesario cuanto que las discordias de los protestantes habían despertado las esperanzas de los católicos. El obispo último de Ginebra no cesaba de maquinarse por la restauración de su perdido trono. Rodeada la ciudad libre de grandes diócesis católicas, como las de Lyon y las de Saboya, necesitaba de mucha energía, unida con mucha destreza, para sustraerse á su poderosísimo influjo. En una de las sedes más importantes del Mediodía de Francia dominaba uno de los cardenales más diestros del Renacimiento artístico. Era éste el conocido bajo la denominación de Sadoletto, luminoso espíritu abierto á la visita de todas las ideas, para quien la Reforma tenía el defecto grave de contrastar con sus sacudimientos religiosos la grande revolución científica y artística del siglo décimosexto.

Nadie más idóneo para promover una de esas reacciones, que tímidas en sus comienzos y dobles en su carácter, concluyen por detener y paralizar el movimiento progresivo de toda una época. Enviar hombre tan amable, como Sadoletto, á persuadir el ánimo de ciudad tan perturbada como Ginebra, decía á voces las hábiles trazas del gobierno pontificio. La obra comenzó por una

serie de cartas apostólicas, á cual mejor escrita y pensada. Y el asunto de todas las cartas reducíase á insinuar malévolos juicios contra Calvino y pretender que, castigado y proscrito éste, no le quedaba otro recurso á la ciudad, sino volverse nuevamente al amorosísimo regazo de la Madre Iglesia. Un embajador de Sadoletto llevó las misivas al gobierno ginebrino. Reunióse con toda solemnidad el Consejo ejecutivo y las leyó con reflexion y entusiasmo. Negocio de tanta monta, merecia mucho estudio y demandaba que la respuesta correspondiese á las epístolas en gravedad é importancia. Nada mas difícil, dada la orfandad espiritual de Ginebra. Los predicadores, que sucedieron á Calvino y Farel, carecian de suficiente fuste para esta empresa. Dolor general penetraba en la colectividad de las gentes, y aun recelo de que la idea evangélica retrocediese y avanzase la idea reaccionaria.

Los revolucionarios no sabian cuánto se dañaban á sí mismos, persiguiendo á los jefes de la revolucion. Tales persecuciones despertaban las iras de los reaccionarios y tal despertamiento llevaba tribulaciones sin número á los nuevos fieles. Curtet, castellano de las orillas del Lemán, acababa de ser quemado vivo en una plaza de la capital de Saboya; Lambert, jóven ginebrino, de apuesta figura y distinguida familia, cogido por sorpresa y encarcelado con crueldad, salió por aquellos dias tambien á la calle conducido por los sayones del Santo Oficio, entre la gritería de las muchedumbres y murió en otra hoguera. Ginebra, herida en la existencia de tales ciudadanos ilustres, no sabia cómo responder á quien la seducia y halagaba con cartas afectuosas, mientras la maltrataba y heria con hogueras voraces. La grande alma de la ciudad estaba fuera de su cuerpo. El pensamiento vivaz de otros dias acababa de ir emigrado á Estrasburgo, donde lucia cada vez con claridad mas nueva. La respuesta á Sadoletto tocaba por derecho natural á Calvino; y Calvino respondió. Las injusticias, que acababan de herirle, no podian llegar hasta quitarle su antiguo afecto á la ciudad protestante. Ni la ausencia triste, ni la pérdida nefasta de su cargo religioso y moral, obstaban á que siguiese curando de almas suyas enteramente, por los apretadísimos lazos de la fe. Pocas obras tiene Calvino de tanta elocuencia como la respuesta escrita desde Estrasburgo á las seducciones taimadas de Sadoletto. La polémica toma en sus frases el tono altísimo del primer tiempo de la Reforma. Todas las gran-

des y trascendentales controversias dogmáticas surgen. La diferencia entre la persona del Cristo y la persona del Papa se plantea de nuevo. El lado moral de la revolucion aparece con brillo extraordinario. El mismo sentido histórico de las dos religiones vuelve á la polémica. La distancia entre los Evangelios escritos por Dios mismo y los comentarios escritos por los hombres queda medida y apreciada. Hay el ataque fervoroso á la intrincada escolástica, la defensa mística de la justificacion por la gracia, las separaciones antiguas entre la comunión católica y la Cena protestante, palabras todas tan llenas de vida segun frase de Calvino, que si los muertos tuvieran orejas para oirlas, y en sus huesos frios un alma, por dormida que estuviese, ¡ah! se levantarían desde sus frios sepulcros á escucharla.

La inconmensurable alteza del pensamiento, la nitidez brillantísima del estilo, la incontrastable firmeza de sus afirmaciones, la fecunda copia de sus argumentos, llamaron el espíritu general de todos los sabios de Europa sobre la especialísima obra de Calvino. Ginebra, sobre todo, se sintió protegida por aquel elevado pensamiento. Desde léjos, su idea y su elocuencia brillaban como astros místicos de resplandor indecible. El cardenal se reconoció vencido. Colgó su pluma y renunció á toda maniobra que condujese á captar el alma de una ciudad apoyada en apóstol tan fuerte é inspirado como Calvino y en tesis tan bien sustentada como las teorías y las doctrinas del gran reformador protestante.

Todo se necesitaba, porque la reaccion se recrudecia. Sacerdotes retirados á los conventos de Saboya volvían de nuevo á la ciudad de Calvino. Su número creció tanto, que los magistrados se vieron constreñidos «á enviar los defensores de la misa allá donde se canta.» Investigaciones numerosas se hicieron por los consejeros para seguir y comprender esta violenta reaccion; y síntomas múltiples se hallaron de un horrible retroceso. Los evangélicos estaban profundamente amargados por tal espectáculo y decididos á entenderse con Calvino y rogarle su regreso á la ciudad querida, huérfana de su luminoso espíritu. El reformador, aunque amaba con delirio la obra religiosa concluida en su seno, aborrecia con exaltado aborrecimiento la índole pendenciera y tumultuosa de la ciudad republicana. Habitar en sus casas zozobrantes como naves sacudidas por la tempestad; recorrer sus senos agitados por las